

nicos es muy completa, y satisfará indudablemente al generalista que se acerque a estas cuestiones y precise una primera obra de referencia. Simultáneamente, la obra es un reflejo bastante exacto del estado actual de las discusiones éticas en biotecnología en el ámbito anglosajón: no en balde la mayor parte de la bibliografía citada procede de este ámbito. De modo correlativo a esta preferencia por el enfoque anglosajón, se echa en falta un enfoque más netamente cristiano en esta obra, a fin de cuentas promovida por una Universidad de la Iglesia. Es indudable que la mayor parte de los planteamientos éticos estadounidenses que aparecen en la obra pueden ser suscritos por una ética cristiana, pero se echa en falta una reflexión más eclesial a la hora de tratar los aspectos éticos de la biotecnología.

A. Pardo

R. J. WHITE, H. ANGSTWURM, I. CARRASCO DE PAULA (eds.), *Working group on the determination of brain death and its relationship to human death*, Ciudad del Vaticano 1992. Pontificia Academia Scientiarum, XXII + 209 pp., 17 x 14.

Como resultado de la reunión de trabajo organizada por la Academia Pontificia de las Ciencias del 10 al 14 de diciembre de 1989, tenemos ahora entre las manos esta recopilación de los trabajos de eminentes médicos, moralistas, filósofos y teólogos que se reunieron para clarificar la cuestión de la muerte cerebral. La obra comienza con una presentación del profesor Marini Bettòlo y una intervención de John Eccles, que expone resumidamente su conocida interpretación de la relación mente cerebro; a continuación, aunque la división resulta algo forzada, los profesores Angstwurm, Shew-

mon, White, Ingvar, Bergentz y Ottoson tratan de los aspectos científicos del problema: la identificación de muerte cerebral como muerte de la persona, las dificultades semánticas de la expresión «muerte cerebral», el concepto de muerte de cara a los trasplantes y la definición dada en Suecia para dicha situación, y algunas perspectivas en investigación cerebral. Los aspectos legales (prof. Gerin), filosóficos, teológicos y morales (profesores Sifert, Ols, McDermott, Madalmé, Ciccone y Carrasco de Paula) vienen a ocupar la segunda parte del libro, algo más extensa que la primera. Concluye la obra con unas breves conclusiones que sintetizan la opinión mayoritaria de los componentes de la reunión.

Como es evidente, en el tema de la muerte cerebral, las facetas científicas y filosóficas nunca se pueden llegar a separar completamente. Así, ya los primeros trabajos, que enfocan la cuestión desde el punto de vista neurológico, exponen una visión filosófica, más o menos completa, acerca de lo que debemos entender por muerte del hombre, y su relación con las lesiones irreversibles del cerebro conocidas como muerte cerebral. Aunque se instaure un tratamiento del paciente por medio de respirador y demás medidas de apoyo, estas lesiones llevan a la muerte en el plazo de una o dos semanas. Esta muerte cerebral se distingue con claridad del estado vegetativo persistente, que puede prolongarse durante meses o años, y que no suele precisar respirador, sino simples cuidados de enfermería, alimentación e hidratación: en este último caso, todos los participantes de la reunión de trabajo admiten que hay vida y obligación de mantener los cuidados a dichos enfermos.

En esta última situación no hay destrucción de todo el cerebro, sino que se conservan los núcleos del tallo cerebral, y se mantienen así la respiración y una cierta integración de las funciones orgá-

nicas. Una de las conclusiones claras de la reunión ha sido afirmar la existencia de vida humana en el estado vegetativo persistente, y la ilicitud de suspender los cuidados básicos de enfermería, alimentación y nutrición. Este aspecto ha sido negado últimamente por autores, como Engelhardt —que profesa un liberalismo ilustrado radical—, que son partidarios de una definición neocortical de la muerte humana. En el caso de admitir este tipo de definición de la muerte, como bien muestran algunas de las colaboraciones (especialmente las de Shewmon —que ha variado su postura a mejor desde sus publicaciones iniciales en los años 85-87— y Seifert), se está admitiendo indirectamente para el hombre un dualismo de cuerpo y espíritu; estos dos elementos inconciliables conectarían en un órgano, la corteza cerebral. O bien se tiene una visión del hombre exclusivamente materialista, en que la autoconciencia (*self*), que hace respetable al hombre, es una propiedad emergente del cerebro; esta postura resulta igualmente inaceptable.

Después de criticar algunos de estos criterios erróneos de muerte del hombre, las colaboraciones se remiten a planteamientos más filosóficos, tomistas en algunos casos, de sentido común en otros: está vivo el hombre que muestra una actividad vital integrada, como una unidad. Las características típicas de los vivientes son el automovimiento y la unidad. Por tanto, la muerte se podrá observar, desde el punto de vista empírico, o cuando cesa el automovimiento o cuando desaparece la integración. Ambos criterios se cumplen con la aparición de signos cadavéricos y de putrefacción; pero, entonces, esos cadáveres son inútiles para la realización de trasplantes. Se hace necesario un criterio algo más preciso.

Ese criterio, según el consenso alcanzado en el simposio, consiste en la integración que el sistema nervioso central consigue de todo el ser viviente. Cuan-

do aparece el estado de «muerte cerebral», la integración se pierde a pesar de todos los esfuerzos médicos, y el paciente sufre un paro cardíaco en el plazo máximo de una a dos semanas. Por tanto, si desaparece la integración del cuerpo humano por lesiones cerebrales, se admite, sin caer en los planteamientos dualistas o materialistas antedichos, que ese hombre está muerto, y se pueden tomar sus órganos para trasplante.

Hay que hacer constar que algunas de las colaboraciones, especialmente la de Seifert, puntualizan que esta solución deja extremos oscuros: ¿qué es ese cuerpo que tiene un corazón latiendo y mantiene la temperatura, la glucemia, etc? ¿Un cadáver? Claramente no, aún tiene algún tipo de vida. Pero, ¿qué vida es esa? ¿Vegetativa? ¿Habría entonces que admitir que, a la inversa de la animación sucesiva de la embriología tomista, habría una «desanimación sucesiva»? Cuestiones como éstas muestran que la muerte cerebral no es, ni mucho menos, asunto definitivamente resuelto con este simposio.

A. Pardo

**Emilio ALIAGA GIRBES**, *Compendio de Teología del Matrimonio*, Edicep, Valencia 1991, 246 pp., 13, 7 x 21.

El libro pretende dar algunos pasos en la mejor comprensión de la relación entre fe y sacramento del matrimonio (...) «¿cómo esclarecer la relación existente entre la fe y el sacramento del matrimonio?» (pp. 6-7). Trata, por tanto, de dar respuesta al problema de la celebración del sacramento del matrimonio en el caso de los bautizados que no viven coherentemente su fe o que la limitan exclusivamente al hecho sólo del bautismo.

El estudio se divide en cuatro partes. La primera, sobre los «cambios recientes en el matrimonio y en la pareja», es una